

De la transparencia prometida al silencio institucional

CEMOP. GRUPO DE INVESTIGACIÓN DE LA UNIVERSIDAD DE MURCIA

En 2025, la Asamblea acordó someter a licitación pública la elaboración del Barómetro Sociopolítico de la Región. Hoy no existe convocatoria

Hace ya más de un año, en abril de 2025, la Asamblea Regional de Murcia protagonizó uno de esos episodios que aparentemente refuerzan la salud democrática: un acuerdo con una extraña transversalidad –los votos del PSOE y Vox– para someter a licitación pública la elaboración del Barómetro Sociopolítico de la Región, que hasta ese momento se realizaba, sin problema alguno, por el Centro de Estudios Murciano de Opinión Pública (Cemop). La medida fue presentada como un avance en transparencia y concurrencia competitiva. Un año después, sin embargo, la realidad invita a una lectura bastante menos complaciente. Doce meses han bastado para evidenciar que aquel compromiso parlamentario ha corrido la misma suerte que tantos otros. Hoy no existe convocatoria pública, no hay pliegos, no se han definido criterios técnicos ni calendarios. El mandato de la Asamblea, claro en su formulación, permanece sin ejecutar.

La paradoja resulta difícil de obviar. Quienes defendieron la urgencia de ‘abrir’ el barómetro a la competencia pública fueron extraordinariamente diligentes a la hora de clausurar un modelo que había funcionado durante muchos años. Sin embargo, esa celeridad se evapora cuando se trata de garantizar la continuidad del instrumento mediante

un procedimiento transparente. Entre tanto, el resultado efectivo ha sido el silencio.

Las consecuencias de esta inacción trascienden el ámbito estrictamente político. La interrupción de las series de datos del Cemop no solo afecta al pulso de la opinión pública regional, sino que impacta directamente en la comunidad académica, con trabajos de fin de grado o máster, tesis doctorales y líneas de investigación que quedan huérfanos de una fuente estable y sistemática de información. La política, una vez más, interfiere en la producción de conocimiento con una ligereza difícilmente justificable.

Se dirá que los procedimientos administrativos requieren tiempo, o

El balance, un año después, es difícil de maquillar. Se prometió más transparencia y se ha obtenido menos información

que existen dificultades técnicas. Argumentos previsibles, pero insuficientes. Si la Asamblea consideró que la licitación era una cuestión de transparencia inaplazable, cuesta entender por qué esa urgencia se diluye hasta desaparecer en el momento de ejecutarla. La demora no es neutra: tiene efectos políticos claros.

Cabe plantear, por tanto, una hipótesis incómoda. Tal vez el problema no sea la incapacidad de convocar el concurso, sino la ausencia de incentivos para hacerlo. Un barómetro sociopolítico independiente produce un escrutinio periódico que no siempre resulta cómodo para quienes ocupan responsabilidades públicas. Sin datos, sin tendencias, el margen para eludir la evaluación ciudadana se amplía. La opacidad, en este sentido, no sería un accidente, sino una consecuencia funcional.

El balance, un año después, es difícil de maquillar. Se prometió más transparencia y se ha obtenido menos información. Se apeló a la concurrencia pública y se ha consolidado el vacío. La credibilidad de una institución no se construye en el momento de la votación, sino en el de la ejecución. Hoy, la Asamblea Regional de Murcia tiene la oportunidad –y la obligación– de corregir este incumplimiento. De lo contrario, el mensaje que se traslada a la ciudadanía es inequívoco: el problema no era el cómo se hacía el barómetro, sino, que se hiciera.

tranquila. Y la vida se despliega con frescura después de estos días de lluvia. El mundo está raro. Con Trump ahí, en plan jefazo infatuado, podría pasar cualquier estupidez mañana mismo. Eso es lo que nos está pasando, de hecho. Que vemos que los jefes de ahora están excitados y podrían cometer errores terribles. Y eso nos asusta. También hay un miedo no consciente que nos endurece el ánimo. Por eso le voy a dar las gracias a Borja Sémpér.

Porque, en su regreso, ha tenido la elegancia de manifestarse a favor de un debate público menos abyecto y menos cruel. El debate público, del que participamos todos, supongo, Lutxo, ha alcanzado unos estándares de infamia que yo no había visto nunca antes, le digo. Y me suelta: Esperemos que sea para bien.

CARTAS AL DIRECTOR

Si me lo cuentan, no me lo creo

Con motivo del pasado desfile de Interés Turístico Internacional del Bando de la Huerta, celebrado en nuestra querida ciudad de Murcia, me permito trasladar esta reflexión que, como espectador habitual del mismo, no deja de sorprenderme y preocuparme. Como cada año, asistí al desfile –reservando con antelación dos sillas, una para mi señora y otra para mí– con el objetivo de disfrutar de este magnífico y multitudinario evento que reúne a gentes de toda la Región, de España y de otras nacionalidades. Es, sin duda, una de nuestras celebraciones más cercanas de nuestra huerta y sus gentes, representativas y queridas.

Sin embargo, en esta ocasión, hubo un detalle que captó poderosamente mi atención. El desfile estaba encabezado por una gran bandera, de considerable tamaño, portada con brío y elegancia, cuya representación exacta desconozco –quizás representa a los distintos grupos y peñas huertanas–. Tras ella, tres banderas más pequeñas en línea: en el centro, la bandera de la Región; a la derecha, en el sentido de la marcha, la bandera de la Unión Europea; y a la izquierda, la bandera del municipio de Murcia.

Y es en ese preciso instante cuando mis ojos no daban crédito a lo que estaban viendo: ¿dónde estaba la bandera de España? Todos sabemos, o debemos saber, que la bandera de España tiene que estar y presidir en lugar preferente sobre el resto de banderas.

Me planteé varias posibles explicaciones: ¿se ha extraviado y no ha dado tiempo a reponerla? Poco probable. ¿Ha fallado el protocolo? Difícil de creer. ¿No cabían más banderas en la Gran Vía? Tampoco parece razonable, dada la amplitud de la misma.

Y, casi sin quererlo, surge una inquietante pregunta: ¿alguien con capacidad de decisión –con intención o sin ella– ha propiciado esta ausencia? ¿Se está intentando, poco a poco, fomentar una cierta distancia con el conjunto de España, como ya sucede en otras comunidades?

Más aún, me pregunto si los asistentes al abarrotado palco de autoridades –incluido el gran comunicador Carlos He-

rrera, a quien agradecemos su presencia un año más– repararon en este hecho insólito para mí en nuestra Región.

Por todo ello, me dirijo respetuosamente a quien corresponda: señor presidente de la Comunidad Autónoma, señor alcalde de Murcia y señor concejal de festejos, para que situaciones como esta no vuelvan a repetirse en nuestra querida, hermosa y hospitalaria ciudad de Murcia, y por extensión en toda la Región. Para hacer el cimbel, ya hay otros que se prestan y lo hacen. Lo dicho: si me lo cuentan, no me lo creo.

MARIANO MANUEL MELGAREJO

Un mundo de pícaros

El siglo XXI, tan moderno y tecnológico, ha perfeccionado el arte de la mentira. Ahora se miente con más sutileza, con filtros y algoritmos. Se fabrican guerras a base de falsedades bien editadas y se difunden por redes sociales que, lejos de acercarnos, nos enredan en un laberinto de bulos y trolas que generan confusión, ira y entretenimiento a partes iguales.

Hasta el fútbol, ese refugio del pueblo, se ha contagiado del teatro de la falsedad. Jugadores que se dejan caer con el dramatismo de un actor clásico, rodando por el césped mientras exigen justicia con tarjeta amarilla o, mejor aún, roja. El público aplaude. Los niños aprenden. La función continúa.

En política, los protagonistas cambian, pero el guion es el mismo. Nadie dijo lo que dijo, aunque ahí esté la hemeoteca para recordarles su propio pasado. Ejemplos sobran, corazones sinceros escasean. Y en medio de este panorama, pedimos a la inteligencia artificial que sea ética y veraz, mientras los humanos seguimos premiando la trampa y el disfraz. La picaresca, aquel género literario que retrataba la picardía del hambre, hoy se alimenta del exceso y de la mentira digital.

Un nuevo virus recorre el planeta, uno que no se detecta con test ni se cura con vacunas. La enfermedad de la falsedad sigue siendo el arte de engañarnos a nosotros mismos. ¿Hasta cuándo? El ‘carpe diem’ del instante es lo que hoy vale. Mañana... ¿quién se preocupa de esta banalidad?

PEDRO MARÍN USÓN

Jefes

FERNANDO L. CHIVITE



Que todos bailamos una danza mágica alrededor del fuego, eso ya lo sabemos. Eso viene de antiguo. Ahora bien, como decía Nietzsche o tal vez Freud, uno se hace jefe a sí mismo. Porque no cualquiera quiere ser jefe. Para querer ser jefe hay que poder, ojo. Yo oigo ahora la palabra jefe y pienso automáticamente en Abascal, el jefe de Vox. Es automático. No sé por qué será. Misterios de la psique. Aunque, la figura de Abascal proyecta algo,

eso es innegable. Proyecta carisma. Observas sus apariciones en televisión, sus declaraciones ante la prensa, cómo se coloca ante la cámara, casi siempre en entornos de espíritu animado o reivindicativo de las viejas tradiciones, y no te queda otro remedio que reconocer que esa persona exhala liderazgo por todas partes y a los cuatro vientos. Parece publicidad de algo varonil. A mí me recuerda a Gladiator, Lutxo, le digo. No obstante, la mañana está